

oficial: vió que yo pegaba a un hombre. Por lo demás, limitóse a examinarnos a ambos con cierta sorpresa, tras lo cual, prosiguió su camino.

Entonces me avergoncé, y volví a casa, corriendo.



CAPÍTULO XII

CON la cabeza mojada de de nieve, entré, jadeante, en mi cuarto de criado y en el acto me quité la librea para vestirme un traje mío. Luego, arrastré mi maleta al vestíbulo... ¡Huir!

Pero, antes de huir, volví a mi habitación, me senté ante una mesa y escribí a Orlov:

«Dejo a usted mi falso pasaporte. ¡Consérvelo como recuerdo de mi persona, señor funcionario de San Petersburgo, hombre falso!

»Introducirme con nombre supuesto en una casa, observar tras la más-

cara de lacayo la vida íntima de otro, verlo todo, oírlo todo, para coger luego, sin estar a ello invitado, a las gentes en flagrante delito de mentira,—todo eso creerá usted que se parece mucho a un saqueo.

»Sí, tal vez; pero no me tildo de nobleza en este momento. He sufrido sus almuerzos y sus cenas, en los cuales decía y hacía usted lo que le venía en ganas, en tanto que yo estaba obligado a mirar, escuchar y callarme: ¡pues bien, no puedo perdonarle eso!

»Además, si no hay nadie junto a usted que pueda exponerle la verdad sin velos, ¡que sea el lacayo Stepane quien le lave un poco su soberbia nisonómica!»

Este principio no me satisfacía nada; pero no tenía ganas de corregirme. Por otra parte, era indiferente...

La ventana con sus cortinas oscuras, la cama, la librea arrugada, arrojada al suelo, y las huellas húmedas que dejaron mis pies, todo ofrecía triste y severo aspecto.

Tenía intensa fiebre, sin duda por

haber salido sin chancos y sin nada a la cabeza. Mi rostro ardía; las piernas me dolían... La cabeza, pesada, inclinábase contra la mesa y, en mi imaginación, había ese despliegue en que a cada idea parece acompañar su réplica.

«Estoy enfermo, soy débil, me encuentro moralmente abrumado de fatiga: no puedo escribirle como hubiera querido. Primero, tenía ganas de insultarle, de decirle cosas humillantes; ahora, no creo ya tener derecho a hacerlo.

»Usted y yo somos dos hombres caídos a tierra y sin esperanza alguna de levantarnos. Por consiguiente, aunque mi carta fuera de una elocuencia poderosa y terrible, parecería, no obstante, el sonido que se produce al golpear la tapa de un ataúd: ¡por mucho que se aporree, el muerto no se despierta! Ningún esfuerzo conseguiría recalentar ya su maldita sangre helada; mejor lo sabe usted que yo.

»¿A qué, pues, escribir?

»Pero mi cabeza y mi corazón arden: escribo, a pesar de todo, y me

agito como si esta carta pudiera todavía salvarle y salvarme a mí mismo... Por causa de mi fiebre, mis ideas no se enlazan entre sí en mi cabeza, y la pluma cruje al correr por el papel, sin trazar más que palabras desprovistas de sentido; pero la cuestión que voy a plantearle yérguese claramente ante mí, luminosa como fuego.

»En lo que me concierne, no es difícil explicar por qué he cedido y sucumbido prematuramente. Cual el héroe bíblico, yo levanté en mis espaldas la puerta de Gaza para izarla en la cúspide de la montaña; pero cuando ya estaba del todo agotado, cuando se habían apagado para siempre mi juventud y mi vigor, sólo entonces me persuadí de que esa puerta era harto pesada para mis hombros y de que me había engañado sobre mí mismo. Al mismo tiempo me minaba un mal continuo y cruel. Había padecido hambre, frío, enfermedades, la cárcel. En cambio, nunca conocí la dicha ni la conozco aún; no poseo refugio alguno; me abruma mis recuerdos, que muy a menudo teme mi conciencia,

»Pero usted, ¿por qué ha caído? ¿Qué fuerzas fatales, diabólicas, han impedido que se abra su existencia como una floración de primavera? ¿Por qué, antes de comenzar a vivir, se ha quitado usted el aspecto de criatura semejante a Dios y se ha transformado en animal cobarde, que ladra de miedo y que con sus ladridos asusta a los demás...? Teme usted a la vida, la teme como el asiático que, durante días enteros, permanece acurrucado en cojines, ocupado en fumar su narguilé.

»Sí, lee usted mucho, y el traje europeo, el traje de faldones no le sienta mal; no obstante, ¡con qué atenta solicitud, con qué cuidado de oriental, de príncipe, se preserva del hambre, del frío, del menor esfuerzo físico, del dolor y la inquietud...! Demasiado pronto se ha envuelto su alma en una bata, ¡y cuán pusilánime es usted ante la vida real y ante la naturaleza, contra las cuales debe luchar sin tregua todo hombre normal y sano!

»Se ha creado usted una existencia suave, cómoda, templada, agradable; pero ¡qué fastidiosa...! Sí, se

aburre usted mortalmente, con un aburrimiento sin claro, con aburrimiento de cárcel celular: verdad es que procura usted escapar también de ese enemigo, jugando a cartas ocho horas diarias.

»¡Y su perpétua ironía...! ¡Qué bien interpreto yo esa ironía perpétua!

»El pensamiento vivo, sano, libre, es investigador y dominador: es decir que una imaginación ociosa y perezosa apenas lo soporta. Para que no perturbase su quietud, la encerró usted muy pronto, en su juventud, entre vallas inmutables: adoptó usted como arma un modo irónico—¡puede darle otro nombre, es lo de menos!—de ver la vida, y su entendimiento intimidado, vuelto atrás, no osa ya saltar las vallas que ante él ha levantado. Y cuando se burla usted de las ideas, que, según pretende, le son todas conocidas, semeja un desertor, un traidor que huye vergonzosamente del campo de batalla y que, para ahogar en él la vergüenza, se mofa de la guerra y del valor.

»El cinismo amortigua el dolor

No recuerdo en qué novela de Dos-toyeuski, pisotea un anciano el retrato de su hija a quien quiso, y lo hace porque él mismo se ha portado mal con ella. Usted befa trivialmente las ideas de bien y de justicia, porque no puede elevarse hasta ellas. Le espanta toda alusión verídica, sincera, a su decaimiento, y se rodea a gusto de gentes que adulan hábilmente sus debilidades. ¡Y no sin motivo, no, no sin motivo teme usted tanto las lágrimas!

»Y a propósito, ¡qué modo de tratar a las mujeres!

»Hemos heredado el impudor en nuestra carne y nuestra sangre; hemos crecido educados en el impudor. Pero si somos seres humanos es precisamente para domar en nosotros el animal. Cierto es que entrevió usted esta verdad al llegar a la edad de hombre y conocer «todas las ideas». Conoció, pues, usted esta verdad, y le aterrorizó. Desde entonces, para engañarse a sí mismo, para apagar la voz de la conciencia, quiso usted persuadirse a todo coste de que no era suya la culpa, sino que la única culpable era la mujer misma, la mu-

jer cuya abyección igualaría la de sus relaciones con ella.

»¿Acaso sus anécdotas frías e indecorosas, su risa sarcástica, sus innumerables teorías sobre la «cosa», sobre los diez sueldos que el obrero francés gasta, según usted, en la mujer; acaso sus eternas afirmaciones respecto de la lógica de la mujer, de sus mentiras, de su debilidad, etc., etc., acaso no parece todo esto un deseo de rebajar a todo trance a la mujer hasta el fango, para ponerla al nivel de usted?

»Es usted un hombre débil, desgraciado, poco simpático...»

En la sala, Zenaida Fedorovna se puso al piano, procurando recordar la pieza de Saint-Saëns ejecutada por Grouzine. Yo fui a echarme en la cama; pero, acordándome que tenía que irme, me volví a levantar pensosamente y, con la cabeza caliente y pesada, me senté de nuevo a mi mesa:

«Y he aquí la cuestión. ¿Por qué estamos cansados hasta ese extremo? ¿Por qué, siendo tan apasiona-

dos, tan atrevidos, tan generosos, tan fanáticos del bien, al principio, quebramos moralmente hacia los treinta y cinco años? ¿Por qué, en tanto que uno muere de tisis, otro se levanta la tapa de los sesos y un tercero busca en el alcohol y en los naipes el olvido y, para engañar su angustia, pisotea la imagen de su juventud pura y bella?

»¿Por qué, una vez caídos, no nos afanamos siquiera por levantarnos? ¿por qué, al perder una cosa, no buscamos otra?

»¿Por qué?

»El ladrón, en la cruz, supo recobrar la alegría y una atrevida esperanza, aunque quizá no le quedase más de una hora de vida. Usted tiene todavía ante sí largos años, y yo mismo no moriré tan pronto como pudiera suponerse: ¡Ah! ¡sí, por cualquier milagro, resultase ser la presente una horrible pesadilla...! ¡Ah! ¡sí fuésemos a despertar de ella renovados y puros, y fuertes y orgullosos de nuestra verdad...!

»¡Deslúmbrenme sueños deliciosos y apenas respiro de emoción!

»¡Tengo inmenso deseo de vivir!

quisiera que nuestra vida fuera santa, sublime, majestuosa como el firmamento. ¡Vivamos! ¡Vivamos! No sale el sol dos veces el mismo día, y solo se nos dá una vida única. ¡Agárrese, pues, fuertemente a lo que le queda de vida y sálvelo...!»

No añadí una palabra más. Las ideas me asaltaban en tropel el cerebro; pero se disolvían, por no poder amontonarse en las líneas.

Sin terminar la carta, la firmé con mi nombre, al que añadí mis títulos. Luego entré en el gabinete de Orlov. Había obscuridad profunda. A tientas hallé el escritorio y dejé en él la carta.

En la obscuridad debí de tropezar con algún mueble y producir ruido, pues de pronto llamó desde la sala una voz inquieta:

—¿Quién anda ahí?

En el mismo momento, un reloj que había en la mesa de despacho, dió delicadamente la una.

* * *

Estuve lo menos media hora buscando la puerta de la sala; luego, la empujé despacito y avancé.

Zenaida Fedorovna estaba acostada en el sofá. Al entrar yo se enderezó, apoyándose en el codo y me miró. Sin decidirme a hablarle, pasé lentamente ante ella para ir al salón, y me siguió con la mirada.

Permanecí unos minutos en el salón; luego volví a la sala y pasé otra vez delante de ella. Me miró atentamente, con sorpresa mezclada de inquietud.

Al fin, me detuve y sobreponiéndome a mí mismo, dije:

—¡No volverá!

Ella se levantó rápidamente ante mí y miróme sin atender:

—¡No volverá!—repetí; y empezó a latir violentamente mi corazón.—No volverá, añadí, porque nunca ha salido de San Petersburgo. Habita en casa de Pekarsky.

Zenaida Fedorovna comprendió. Y me creyó. Lo adiviné a su repentina palidez y en el modo de cruzar

de pronto los brazos contra el pecho, con aspecto de pavor y de súplica.

En un abrir y cerrar de ojos, desfiló por su memoria su reciente pasado; vió claro, descubrió con implacable nitidez toda la verdad.

Mas, al mismo tiempo, acordóse de que yo era un lacayo, un sér inferior... ¡Un patán de desordenados cabellos, de rostro rojo de fiebre, vestido con una chaqueta vulgar, venía a mezclarse groseramente a su vida íntima! Se ofendió.

—No le preguntan a usted nada —me dijo rudamente.— ¡Váyase!

—¡Ob! ¡créame!—dije en un arranque, tendiendo a ella los brazos.— ¡Créame...! No soy lacayo, soy un hombre, un sér libre como usted misma.

Me nombré al instante y, rápidamente, para impedirle que me interrumpiera o que se fuese a su cuarto, le expuse quien era yo y lo que había ido a hacer a aquella casa.

Esta segunda noticia le emocionó aun más que la primera. Hasta entonces, podía ella conservar, a pesar de todo, la esperanza de que el ayuda de cámara hubiera mentido o

disparatado. Pero, después de mi declaración, no podía ya dudar. En la expresión de sus pobres ojos y de su rostro, que, de pronto, envejecido y duro, dejó de ser bello, vi la tortura que padecía y que tal vez hice mal en provocar la conversación. No obstante, proseguí con el mismo ímpetu.

—El senador y la inspección han sido imaginados para engañar a usted... Ya en enero, Orlov fué simplemente a vivir en casa de Pekarski, como ahora. Yo le veía todos los días, participaba en el engaño. Se consideraba que estaba usted aquí de más, se la detestaba y se hacía mofa de usted... ¡Si hubiera usted podido escuchar detrás de la puerta...! ¡Cómo se divertían a sus expensas, Orlov y sus amigos! ¡Cómo se burlaban de usted y de su amor...! ¡Ah! ¡Si usted hubiera oído todo eso no se hubiese quedado aquí un minuto más!... ¡Huya de aquí! ¡huya!...

—¡Está bien!—dijo con voz temblorosa, pasándose la mano por los cabellos— ¡está bien!

Tenía los ojos llenos de lágrimas; temblaban sus labios, y todo su ros-

tro, extremadamente pálido, respiraba cólera. La grosera y mezquina mentira de Orlov la sublevaba, le parecía despreciable y ridícula. Zenaida Fedorovna sonreía, pero con una sonrisa que no me gustaba.

—¡Pues bien—repitió,—está muy bien! Tal vez crea él que voy a morir de humillación... cuando eso me da risa... No necesitaba esconderse.

Se apartó del piano, y prosiguió, encogiéndose de hombros:

—No; no necesitaba esconderse. Hubiera debido explicarse claramente antes que rodar por casas ajenas. Tengo ojos y tiempo ha ya que lo he visto todo... Sólo esperaba su llegada para explicarme definitivamente con él.

Dejóse caer en una butaca, cerca de la mesa y con la cabeza inclinada contra el brazo de un sofá, lloraba amargamente.

No había más que una vela encendida en el cuarto. La butaca en donde estaba sentada Zenaida Fedorovna se hallaba rodeada de tinieblas. Pero yo veía la cabeza y los hombros de la dama sacudidos por

escalofríos; veía que sus lindos cabellos, sueltos, le tapaban el cuello, las manos y el rostro. Sus lágrimas resbalaban, silenciosas, sin parar... Y toda su actitud denotaba la vergüenza por la ofensa recibida, por el orgullo humillado, y el acerbo despecho y cierta cosa de irreparable y horriblemente desesperado que no se puede variar y a la que uno no puede acostumbrarse.

Su dolor me trastornaba: me olvidé de la enfermedad, me olvidé de todo en el mundo. Caminaba yo por la sala, balbuciendo:

—¡Qué existencia la suya! ¡Oh! ¡no debe usted vivir así! ¡no lo debe usted! ¡Eso no es vida; es una locura, un crimen!

—¡Qué humillación!—decía ella, llorando.—¡Vivir conmigo, sonreírme, cuando yo le pesaba y era a sus ojos ridícula!

Levanté la cabeza y, mirándome a través sus desordenados cabellos, mojados por las lágrimas, y que le impedían verme bien, me preguntó:

—¿Se han reído de mí?

—A esas gentes todo les parece ri-

sible, usted, y su amor, y Tourgueniev, por quien según ellos, está usted modelada. Y si usted y yo, muriésemos de desesperación ahora mismo, pareciérais también risible nuestra muerte. Harían cualquier anécdota divertida y la contarían al enterrar a usted... ¡Bah! ¿A qué hablar de ellos?—dije con impaciencia.—¡Hay que salir de aquí, y sin demora!

De nuevo rompió a llorar. Yo me acerqué al piano y tomé asiento.

—¿Qué esperamos?—pregunté tristemente.—Son más de las dos de la mañana.

—¡Nada espero!—contestó—¡estoy perdida!

—¡Vamos, no hable usted así!... Reflexionemos, veamos juntos lo que hemos de hacer. Ni usted ni yo podemos permanecer mas tiempo aquí. ¿A dónde piensa usted ir?

De pronto, sonó el timbre del vestíbulo. Sentí ligera turbación. ¿Sería acaso Orlov, a quien quizá se hubiera quejado de mí Koukouchkine? ¡Qué encuentro tendríamos entonces!

Sali a abrir. Era Paulina. Entró, sacudió la nieve de su abrigo, y sin

decir una palabra, retiróse a su cuarto.

Cuando volví a la sala, estaba Zenaida Fedorovna en medio del cuarto, pálida como un cadáver, y con los ojos muy abiertos, mirábame venir.

—¿Quién es?—murmuró.

—Paulina—respondí.

—Voy a huir de aquí al momento—balbució, agotada.—Tenga usted la bondad de acompañarme a Petersbourgskaya Storona '... ¿Qué hora es?

—Las tres menos cuarto.

1) Barrio de San Petersburgo.



CAPITULO XIII

POCO después, cuando estuvimos fuera de la casa, en las calles sombrías y desiertas, nevaba, caía una nieve húmeda, y el viento, húmedo también, nos azotaba el rostro.

Si mal no recuerdo, era a principios de marzo: había empezado el deshielo, y los cocheros habían reemplazado ya los trineos por vehículos de ruedas.

Nuestra fuga por la escalera de servicio, el frío, las tinieblas de la noche y la curiosidad del portero, envuelto en una pelliza de piel de cordero, y el cual, antes de dejarnos franquear la puerta cochera, ha-

bianos sometido a un verdadero interrogatorio, todas estas causas quitaron a la joven su valor y su fuerza.

Una vez en coche y con la capota bajada, empezó, temblorosa aun, a expresarme con volubilidad su agradecimiento.

—No dudo de sus sentimientos para conmigo; pero siento que se moleste por mí—murmuró.—¡Oh! ¡comprendo! ¡comprendo...! Esta noche, cuando vino Grouzine, noté claramente que mentía, que me ocultaba algo. Está bien. Pero, sin embargo, me confunde el molestar a usted.

A pesar de todo, la pobre mujer conservaba todavía algunas dudas. Para desvanecerlas definitivamente, ordené al cochero que tomase la calle Serguievspaia. Mandé parar ante la casa de Pekarski. Apeéme rápidamente y llamé a la puerta. Apareció el portero.

—¿Está Jorge Ivanitch?—le pregunté con voz muy alta, para que pudiera oírme Zenaida Fedorovna.

—Si está—respondió.—Hace más de media hora que ha vuelto. Debe

de haberse acostado ya... Pero, ¿por qué? ¿Qué le querías?

Zenaida Fedorovna no pudo permanecer sin asomarse por el coche.

—¿Hace mucho que vive aquí Jorge Ivanitch?—preguntó al portero.

—Más de quince días.

—¿Y no ha ido a ningún sitio, de viaje?

—A ningún sitio—contestó el portero.

Y me miraba asombrado.

—Díle, mañana, que su hermana ha venido de Varsovia para verle—le dijo.—¡Buenas noches!

Continuamos nuestro camino.

Nuestro coche no tenía alero. La nieve caía sobre nosotros a grandes copos, y el viento nos penetraba hasta los huesos. Me parecía que llevábamos ya rodando mucho tiempo, que mucho tiempo hacía que sufríamos y que también hacía mucho tiempo que oía yo la precipitada respiración de Zenaida Fedorovna.

Con rápida mirada, como en un semidelirio, abarqué mi vida pesada, desordenada y extraña y, no sé porque, recordé de pronto un drama, los *Pordioseros de París*, que, en mi

niñez, me habían llevado a ver un par de veces. Y, tampoco sé porque, cuando, queriendo sacudir mi somnolencia, asomé la cabeza para echar una ojeada afuera, y ví el alba, todas las imágenes de lo pasado, todos mis pensamientos brumosos fundiéronse en una sola idea clara y fuerte, a saber: que nosotros dos, Zenaida Fedorovna y yo, estábamos perdidos sin recurso posible.

Estaba tan cierto de ello como si en el cielo azul y frío hubiera leído una profecía. Pero, momentos después, pensaba yo en otra cosa, en otra cosa creía...

—¿Qué va a ser de mí ahora?—se preguntaba Zenaida Fedorovna, con voz enronquecida por la humedad y el frío.—¿Qué hacer? ¿A dónde ir a parar?... Grouzine me ha dicho: «¡Métase monja!» ¡Oh! ¡a gusto lo haría! Cambiaría de vestido, de rostro, de nombre, de ideas... de todo, de todo, y me sepultaría para siempre en un convento... Mas no me admitirían: estoy en cinta.

—Mañana, partiremos juntos para el extranjero—propuse.

—No puede ser: mi marido no me dará pasaporte.

—Yo haré que pase usted la frontera sin pasaporte.

El cochero nos dejó en una casa de madera de dos pisos, estucada de color oscuro. Llamé. Al recibir de mis manos un cofrecillo, único equipaje que llevábamos, Zenaida Fedorovna dejó ver una vaga sonrisa:

—Son mis alhajas...

Pero estaba tan débil que no podía sostener la caja. Tardaban en abrirnos. Llamé tres veces, luego otra. Al fin aparecieron luces en las ventanas; oyéronse ruidos de pasos, de tos, de cuchicheos... Crujió una cerradura y, en el vano de la puerta, apareció una mujer gruesa, con rostro enteramente colorado, y muy despacito. Tras ella, distinguí a una viejecita delgaducha, de cabellos grises cortados, con camión blanco y una vela en la mano.

Zenaida Fedorovna penetró en el recibimiento y arrojóse al cuello de esa viejecilla.

—¡Nina! ¡me han hecho traición! —exclamó entre sollozos.—¡Me han

hecho traición vilmente, odiosamente! ¡Nina...! ¡Nina...!

Entregué la arquita a la mujer gruesa.

Cerróse la puerta; pero seguí oyendo sollozos y el grito: «¡Nina...!» Monté otra vez al coche y dí al cochero orden de que me llevase a la Perspectiva Newsky. También tenía que buscar yo albergue para la noche.



CAPÍTULO XIV

LA tarde siguiente, a hora ya avanzada, fui a ver a Zenaida Fedorovna.

La hallé muy variada. Ya no había señales de lágrimas en su rostro fatigado y pálido; su fisonomía no era la misma... ¿Sería porque la miraba en un medio muy diferente y muy poco lujoso, o porque entonces eran ya muy distintas nuestras relaciones, o finalmente, por haber dejado ya huellas en ella su pena? Zenaida Fedorovna no me parecía ya tan elegante como antes. Su esbelta figura habíase como achicado; su andar, sus movimientos, las facciones de su rostro de-

UNIVERSIDAD DE MONTREAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Año. 1625 MONTREAL MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

notaban una nerviosidad sin causa; sus gestos eran bruscos, cual si tuviera prisa, y hasta su misma sonrisa carecía de la dulzura de otros tiempos.

Yo vestía un terno muy caro, que compré aquel día. Ella examinó primero mi ropa y el sombrero que tenía en la mano; luego dirigió una mirada, a la vez escrutadora e impaciente, a mi fisonomía, como para estudiarla.

—Su transformación me parece un prodigio—dijo.—Dispéñeme que le mire con tanta curiosidad. ¡Es usted un hombre extraordinario!

Una vez más le dije quien era yo y con qué objeto me había colocado en casa de Orlov. Le repetí todo eso más extensamente y con más detalles que la víspera. Zenaida Fedorovna me escuchaba con atención, pero, interrumpiendo mi relato, me dijo:

—Mire, allí todo acabó. No he podido dejar de escribir una carta. Y vea usted la respuesta.

En una hoja que me enseñó, había éstas palabras, escritas de puño y letra de Orlov:

«No intentaré justificarme. Pero convenga en que es usted quien se equivocó, no yo. Le deseo mucha felicidad y le suplico olvide cuanto antes.

»Su respetuoso S. S.

»q. s. m b.

»J. O.

»P. D.—Le envío sus cosas.»

Las cajas y cestas enviadas por Orlov estaban en la sala, y entre ellas mi lastimosa maleta.

—Por consiguiente... — empezó a decir Zenaida Fedorovna.

Mas no terminó la frase.

Estuvimos un rato sin decir nada.

Cogió ella la carta de Orlov y la tuvo dos minutos ante los ojos. En aquel momento su cara tuvo la misma expresión altanera, orgullosa y dura que tenía la víspera, al principio de nuestra conversación. Las lágrimas le humedecieron los párpados; pero no eran ya lágrimas amargas de pena y debilidad, sino llanto de rabia y orgullo.

—¡Oiga! — dijo, levantándose con rápido movimiento y encaminán-

dose a la ventana para ocultarme su retrato:—estoy decidida; me voy con usted al extranjero, y mañana mismo.

—Muy bien. Estoy dispuesto a marchar hoy, si así lo desea.

—¡Haga de mí su recluta!... ¿Ha leído usted a Balzac?—preguntó de repente, volviéndose. ¿Conoce usted su novela: el *Tío Goriot*? Termina por una escena en que el héroe, contemplando a Paris desde lo alto de una colina, tiende el puño hacia él y le grita: «¡Ahora nos veremos!» También yo, cuando por la portezuela del vagón contemple por última vez a San Petersburgo, clamaré: «¡Ahora nos veremos!»

Y dicho esto, se sonrió de su salida, al tiempo que se le estremecía todo el cuerpo; no sé por qué.



CAPÍTULO XV

EN Venecia tuve una pleuresía.

Sin duda me enfié en el trayecto de la estación a la Fonda Bauer. Tuve que acostarme y guardar cama durante quince días.

Durante esa enfermedad, Zenaida Fedorovna dejaba todas las mañanas su cuarto para venir al mío. Desayunábamos juntos; luego, me leía ella tomos franceses o rusos, de los cuales habíamos hecho provisión en Viena. Ya conocía yo de tiempo atrás todos esos libros, o no me interesaban; pero, a mi lado, resonaba una voz querida y buena, de modo

que, en el fondo, el contenido de dichos tomos se resumía para mí en estas palabras: «Ya no estoy solo en el mundo».

Zenaida Fedorovna salía, paseaba, luego volvía vestida con un traje gris claro y fresco sombrero de paja, alegre, calentada por el sol primaveral; sentábase a la cabecera de mi lecho e, inclinándose sobre mi rostro, me contaba algo de Venecia o me leía de nuevo, y yo me encontraba muy a gusto.

De noche estaba helado, tenía dolores y me fastidiaba. Pero, durante el día, me emborrachaba de vida: es el término más exacto, el mejor que puedo emplear para definir el estado en que a la sazón me hallaba.

El sol caliente, deslumbrador, que penetraba tumultuosamente por las ventanas y por la puerta vidriera del balcón, abiertas todas de par en par, los ruidos y voces de la calle, el chapoteo de los remos, el tañer de las campanas, el prolongado retumbar del cañón, al mediodía, y, sobre todo, el sentimiento de libertad plena, obraban en mí como milagros. Se me antojaba que me

salían alas en los costados, alas anchas y poderosas que me transportaban a cualquier región alta y lejana.

¡Y qué encanto, qué delicia tan pura saboreaba yo al pensar que otra existencia evolucionaba ahora junto a la mía, que yo era el siervo, el guardián, el amigo, el compañero indispensable de un sér joven, elegante y rico, pero débil, ofendido, herido, abandonado!

¡Hasta el estar enfermo es una dicha cuando se sabe que alguien espera la curación como una fiesta! Un día, oí a Zenaida Fedorovna que, tras la puerta, conversaba en voz baja con el médico. Luego la vi entrar en mi cuarto, con los párpados preñados de lágrimas: ¡mala señal!; pero me enternecí en grado sumo, y se me alivió el alma...

Y ved aquí que ya me permiten salir al balcón. El sol y la suave brisa que viene del mar acarician mi carne dolorida. Contemplo las góndolas que, por debajo de mi ventana, se deslizan con gracia femenina, ágiles o majestuosas, cual si percibieran toda la magnificencia

de esta civilización original y arrojadora. Llega a mí el olor salino del mar. Las graves cuerdas de un instrumento vibran en alguna parte, dos voces cantan a una. ¡Cuán bello es todo esto! ¡Cuán diferente de aquella noche de San Petersburgo en que caía nieve derretida y en que el viento norte nos azotaba tan cruelmente el rostro!... Si se mira allá, derecho ante sí, a través del canal, se divisa el Adriático: en el horizonte lejano, centellea tan fuertemente el sol en el agua, que hace daño a la vista. ¡Me siento atraído por el mar amigo, al cual dí mi juventud!... Y tengo deseo de vivir. De vivir solamente: ¡nada más!

* * *

A los quince días, podía yo salir a mi gusto.

Me entusiasmaba sentarme al sol; oír a mi gondolero, sin entenderle; mirar horas enteras la casita en que dicen que vivió Desdémona, casita cándida y melancólica, con aspecto de pureza virginal, calada como un

encaje y tan ligera que creyérase moverla empujándola con el pie.

Deteniame largo rato ante la tumba de Canova, sin poder apartar mis ojos del león triste. Del palacio de los Dogos, lo que más me gustaba era la esquina en que estaba estucado de negro el retrato del infortunado Marino Faliero. «¡Bello es ser pintor, o poeta o dramaturgo!, pensaba yo; pero, puesto que nada de eso me es accesible, quisiera a lo menos volverme místico... ¡Ah! ¡si a esa paz perfecta, a ese contento que me invadía el alma, se hubiera añadido aunque sólo fuera una partícula de fe, de fe en alguna cosa!...»

* * *

Por la tarde, comíamos ostras, bebíamos vinos de Chipre, errábamos por la ciudad... Aun lo recuerdo: nuestra góndola negra balancéase indolentemente en su sitio; el agua apenas cabrillea sobre ella. Acá y acullá titilan y vacilan los reflejos de las estrellas y las luces. No lejos

de nosotros, en una góndola iluminada con farolillos multicolores que se duplican en el espejo del canal, hay gentes que cantan.

Sonidos de guitarras, violines y bandolas, voces de hombres y mujeres espárcense por las tinieblas. Zenaída Fedorovna, pálida, grave, casi severa, está a mi lado, con los labios contraídos y fuertemente unidas ambas manos. Medita y permanece tan inmóvil que ni aun parpadea. No me oye.

Su actitud, su rostro, su mirada fija y exenta de expresión, sus recuerdos infinitamente dolorosos, la nieve, el frío de San Petersburgo y, a más, en derredor suyo, aquellas luces, la música aquella, las canciones, con su enérgico y apasionado ritornelo: «*Jam-mo!... Jam-mo!*» ¡qué contrastes!

Cuando estaba sentada de ese modo, las manos crispadas una contra otra, dolorosas, tenía para mí que ella y yo éramos personajes de alguna rancia novela, titulada: *Infortunada* o *Abandonada*, o cualquier otra cosa por el estilo. Ella era la abandonada, la desdichada, y yo, el

amigo fiel, cariñoso, el soñador y, si se quiere, «el hombre de más», especie de fracasado que ya no es capaz de nada, no siendo de toser, de desvariar y quizá de sacrificarse... ¿Mas quién aceptaría ya mis sacrificios? ¿y a qué iba a sacrificarme?... También es justo preguntarme: «¿Qué podría yo ofrecer en sacrificio?»

* * *

Después de nuestros paseos vespertinos, tomábamos siempre el té en el cuarto de Zenaída Fedorovna y charlábamos. No temíamos tocar nuestras recientes llagas, mal cicatrizadas todavía. Al contrario, yo sentía, no sé por qué, cierto placer en contarle mi vida de lacayo, o en hablarle de algunos detalles que no pude dejar de percibir en casa de Orlov.

—Había momentos en que yo la

1) Título de una novela de Tourgueniev, que constituye hoy una expresión muy corriente en la lengua rusa. Equivale al hombre que no disfruta de la vida en la forma a que por sus dotes es acreedor.

odiaba — le decía. — ¡Cuándo Orlov tenía caprichos o condescendía hasta ser casi amable, o le mentía a usted, me incomodaba que usted no viese, no comprendiese lo que, sin embargo, era tan claro!... Usted le besaba las manos, se arrodillaba ante él, le halagaba...

— Cuando le besaba las manos y me arrodillaba ante él, le amaba — respondía, sonrojándose, Zenaida Fedorovna.

— ¿Pero tan difícil era penetrar en él?... ¡Ni que fuese una esfinge! Buena esfinge, en verdad: ¡un funcionario, un hombre de la corte!... Nada le echo a usted en cara, ¡Dios me libre! — continué, notando que era un tanto brutal, que me faltaban la urbanidad y delicadeza necesarias para interrogar el alma ajena.

En otros tiempos, antes de conocer a Zenaida Fedorovna, no me conocía yo ese defecto.

— Pero — repetí en voz baja y menos segura, — ¿cómo no ha adivinado usted a ese hombre?

— ¿Desprecia usted mi pasado?... Tiene razón — decía ella presa de emoción intensa. — Pertenece usted

a una categoría de hombres aparte, que no se pueden someter a la medida común; tiene usted exigencias morales de un rigor excepcional, y comprendo que no pueda perdonar nada... Le comprendo, y si a veces le contradigo, no es porque considere yo las cosas diferentemente que usted, sino porque continúo exponiendo mis antiguas nimiedades, porque sigo usando mis antiguos vestidos, mis antiguas preocupaciones... Sin embargo, yo misma examino ahora mi pasada, examino a Orlov y mi amor... ¡Qué amor era el mío!... ¡Ahora — añadió, acercándose a la ventana abierta y mirando el canal, — todo eso me parece ridículo!... Todas esas caricias no hacen más que turbar la conciencia y falsear la razón. ¡Vivir es luchar! ¡Pisotear la cabeza inmunda del reptil y aplastarla!... Vivir no es más que eso; de no ser así, la vida no tiene objeto alguno...

Yo le conté mi historia y le narré mis aventuras, muchas de las cuales eran verdaderamente sorprendentes, verdaderamente prodigiosas. Pero nada le dí a entender del cambio

operado en mí. Ella me escuchaba atenta, demostrando por señas, al llegar a los puntos más interesantes, su impaciencia y su disgusto por no haber vivido semejantes aventuras, con iguales temores y alegrías.

Mas, de repente, se quedó pensativa, concentróse en sí misma y dejó de escucharme.

Yo cerré la ventana, preguntando si había que hacer fuego en la chimenea.

—No—me dijo con pálida sonrisa, —no hace falta. No tengo frío... Me parece que de poco tiempo a esta parte soy mucho más lista. Se me ocurren ideas originales, nada ordinarias. Así, cuando, por ejemplo, pienso en mi pasado, en mi vida de antes... en fin, en las gentes... todo se confunde para mí en una imagen única: la imagen de mi madrastra... Grosera, insolente, absolutamente egoísta, depravada y falsa, era morfinómana para colmo. Mi padre, sér débil, sin genio, se había casado con mi madre por el dote, y la maltrataba hasta el extremo de que ella murió de disgustos; pero a la otra, a la madras-

tra, amábala apasionadamente, con locura... ¡Ah! ¡cuánto he padecido!... ¡Mas no hablemos de eso!... Decía, pues, que todo mi pasado se resumía en dicha imagen... Y ahora siento que no exista ya mi madrastra. Hoy, quisiera verla...

—¿Para qué?

—¡No sé!—respondió moviendo la cabeza con bonito ademán.—¡Buenas noches!... ¡Ea! ¡Restablézcase pronto! En cuanto esté usted mejor, empezaremos a tratar de nuestros asuntos... ¡Ya es hora!

Le dí las buenas noches. Cuando daba yo la vuelta al picaporte, me dirigió esta pregunta:

—¿Cree usted que Paulina esté todavía en casa de Orlov?

—Es probable.

Y me fui.

Así vivimos un mes entero.

* * *

Una tarde sombría, estando ambos en mi cuarto, junto a la ventana, contemplando en silencio las nubes, que el viento del mar empu-

jaba hacia nosotros, y el canal, de un color azul duro y helado, esperando ver caer a chaparrones la llovizna que ya velaba el horizonte de la mar, uno y otro sentimos de pronto una impresión de tedio.

El mismo día, partimos para Florencia.



CAPÍTULO XVI

ESTÁBAMOS en Niza, el otoño.

Al entrar yo una mañana en el cuarto de Zenaida Fedorovna, la vi sentada en una butaca, con las piernas cruzadas, encorvada, hundida, con el rostro entre las manos; su magnífica cabellera despeinada, caíale por las rodillas.

La sensación que acababa de producirme la maravillosa bahía Sant-Angelo, sensación que tenía yo ganas de compartir con ella, se disipó de pronto, y se me encogió el corazón.

—¿Qué sucede?—pregunté.

Con una seña, me indicó que me retirase.

—¿Pero qué ocurre? ¿Por qué llora usted?—repetí.

Y por vez primera desde que nos conocíamos, le besé la mano.

—¡Nada! ¡no es nada!—dijo rápidamente.—¡Ah! nada, nada... Déjeme... Ya ve que no estoy vestida...

Me retiré, sumamente turbado. Acababa de envenenarse la paz y la quietud en que llevaba yo tanto tiempo viviendo. Tenía un deseo apasionado de postrarme a sus pies para suplicarla que no llorase sola, que me asociase a su pena. El monótono ruido de las olas mugía entonces en mis oídos como una profecía siniestra; sospechaba yo nuevas lágrimas y más dolores, en lo por venir.

«¿Por qué lloraba?» me preguntaba a mí mismo, recordando su rostro, su mirada de ansiedad. Me acordé de que estaba encinta. Ella se afanaba en ocultar su estado a los demás y de ocultárselo a sí misma. En su cuarto, Zenaida Fedorovna vestía una holgada bata, o un corpiño de anchos pliegues que se ahue-

caban exageradamente sobre el pecho. Para salir se apretaba tanto el corsé, que dos veces le había ya ocurrido perder el conocimiento durante el paseo.

Nunca me hablaba de su embarazo, y cierto día en que insinué que debiera consultar a un médico, se puso colorada y no contestó...

Cuando, poco después, volví a su habitación, ya estaba vestida y peinada.

—Vamos, vamos, sosiéguese—le dije al ver su cara descompuesta.—Venga a admirar el mar; por el camino hablaremos.

—No tengo humor para hablar... Dispéñeme; me encuentro en uno de esos momentos en que se quiere estar sola... Además, le ruego, Vladimiro Ivanitch, que otra vez que quiera entrar en mi cuarto, se sirva llamar previamente a la puerta.

Ese «previamente» sonó no sé de qué modo singular y nada femenino.

Me fui. Caía de nuevo en ese desdichado estado de ánimo que tanto me hizo padecer en San Petersburgo. Todos mis ensueños se redujeron y ajaron como hojas secas por el

calor. Notaba yo que no había afinidad entre nosotros, que otra vez estaba solitario. Era yo para ella lo que es, por ejemplo, para la palmera, la tela de araña que en ésta se engancha por casualidad y que el primer soplo de viento arranca y se lleva.

Dí una vuelta por el parque en donde tocaba la música, y luego entré en el casino. Allí ví mujeres, mujeres vestidas con lujo y muy perfumadas. Cada una me dirigía una mirada que significaba: «¡Hola! ¿te has quedado solo? Lo siento ¡cómo ha de ser!...»

Luego salí a la terraza y miré un buen rato la mar. A lo lejos, en el horizonte, no se veía una vela. A izquierda, en la violada bruma, descubriáanse montes, jardines, torres, casas. Sobre todo esto resplandecía el sol; pero todo era para mí indiferente, extraño, borroso...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AVD. LOS BOMBEROS, MEXICO

CAPÍTULO XVII



ZENAIIDA Fedorovna, venía como antes, todas las mañanas, a mi cuarto, a desayunar conmigo; pero no comíamos ni cenábamos juntos. Decía ella que no tenía apetito, y alimentábase solo de café, té o ligeras golosinas, como caramelos o naranjas.

Ya no conversábamos por las tardes. Desde que la sorprendí llorando, me trataba con alguna ligereza, a veces con negligente desdén y hasta ironía y no sé por qué, me llamaba «querido.» Lo de mi pasado, que antes le parecía maravilloso y heroico y terrible y provocaba en